

Amanecer dorado

Un proyecto de Avelino Sala
comisariado por Gómezdelacuesta

Justo después del falso resplandor, del brillo deslumbrante del espejismo, viene el momento de despertar del sueño, de darnos cuenta de que nada de lo que vivíamos era verdad. El “Amanecer dorado” de Avelino Sala es parte de ese duro despertar, un golpe en la boca del estómago, un directo al cerebro, un pegarse de bruces con y contra la realidad, contra la certeza de que aquel paraíso que creíamos haber construido con unos sólidos cimientos, no era nada más que una ficción, un descomunal engaño colectivo perpetrado por unos pocos. La investigación que el artista emprende para Pelaires Projects toma el nombre de la reacción fascista, neonazi y xenófoba que, hace apenas unos años, rebrotó en Grecia aprovechando la fragilidad, la fractura, los odios y los miedos que afloran cuando la presión es insuperable, cuando la crisis se lleva casi todo por delante, una solución criminal, violenta y demagógica, a la que Sala recurre como título de un proyecto que deja en evidencia muchas de las incoherencias en las que sigue incurriendo nuestra sociedad.

Uno de los métodos más efectivos con los que el artista suele incardinar su perspectiva crítica es la unión de conceptos contradictorios en formalizaciones que, de manera sorprendente, se oponen en una perfecta simbiosis, en una esquizofrénica armonía. Entramos en la sala y unos banderines multicolores nos reciben como si de una verbena se tratara, los anagramas de Al-Qaeda, ETA, IRA, las FARC, Sendero Luminoso, Hezbolá, Hamás, la Yihad Islámica o los GRAPO, ondean en ellos. Comienza la fiesta pero no la que nosotros esperábamos, una fiesta a la que no hemos sido invitados y en la que, el papel que nos tienen reservado, es más cruel de lo que pensábamos. La aparente felicidad se va tornando en inquietud y desazón, desde el fondo, unos bates de baseball contemplan amenazantes la escena y terminan de contextualizarnos en un lugar mucho menos amable de lo que en un principio intuíamos, en algo parecido a lo que se ha convertido nuestro mundo.

Estados Unidos, Alemania y China estampan los colores de sus banderas en esos bates que dejan de ser un instrumento de juego para convertirse en un objeto contundente, en un elemento coactivo y violento al servicio de unos pocos jugadores, de los mejores catchers del planeta, de esos que salen en la Lista Forbes y bordan su nombre, con hilo de oro, en los guantes con los que atrapan todo lo que les interesa. Bill Gates, Carlos Slim o Amancio Ortega cogen con fuerza la bola del mundo con la que se juega esta partida despiadada, una pelota que reproduce la silueta pirograbada del globo terráqueo, un perfil impreso a sangre, sudor y el fuego de muchas guerras, de un gran hongo nuclear, de desastres y de miserias, de la extorsión global, de la violencia institucional y del terrorismo de estado, de lo evidente y de lo camuflado.

“Amanecer dorado” es un proyecto cuña, una propuesta detonante que relata, sin rodeos, la insalvable distancia que existe entre la gente y la clase dirigente, entre el pueblo y el poder. El artista se ubica en la poética de la fractura, en un lugar que considera idóneo para hacer fermentar su pensamiento mediante obras que funcionan a modo de imágenes dialécticas, de registros de nuestra memoria, individual o colectiva, en permanente titubeo, de recuerdos de apariencia semiopaca que se mueven en ese territorio entre lo turbio y lo conocido, que nos mantienen en un estado de recelo y de incertidumbre permanente bajo el prisma de la duda y de la sospecha. Un continuo ir y venir entre las expectativas de la utopía y el flagrante choque de la distopía.

Avelino Sala es plenamente consciente del cambio de paradigma en el que andamos sumidos y partiendo de cuestiones como la ruptura del ciclo económico, del terror como instrumento de coacción, de la injusticia social o de las diferentes maneras de comprender el mundo que no aparecen en los medios oficiales, trata de dejar en evidencia dónde estamos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Un sistema puesto en cuarentena, un cuestionamiento absoluto de su realidad y de su eficiencia, una pequeña sala cerrada, oscura y completamente insonorizada en la que apenas una tenue luz puntual dirige nuestra mirada hacia una palabra: democracia, una sencilla y demoledora metáfora sobre un concepto que se vacía de contenido constantemente, del que apenas queda nada. Un trabajo que parte de la inteligencia, la

sensibilidad y la ironía para ofrecernos otra mirada, la no usual, aquella que decide darle la vuelta a las cosas, aquella visión intersticial que se instala en la grieta, que se cuela entre los resquicios de la pétrea estructura del poder con la intención de cuestionarla y, si le dejan, desbastarla y demolerla.